

Señales de la obesidad financiera

Andrés Cañizález*



En la edición 398 de la revista SIC, correspondiente a septiembre-octubre de 1977, se recogían las reacciones a un conjunto de medidas económicas tomadas, en julio anterior, por el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. Se trataban de dos decisiones: poner límites a las ganancias en la venta de inmuebles y un encaje bancario adicional. En el fondo de todo estaba la obesidad presupuestaria estatal, pero las autoridades no optaban por poner freno a un gasto público desbocado, sino que se tomaba el camino de controlar ciertas dinámicas económicas, lo cual —como era de esperar— despertó la reacción del sector empresarial. En ese julio, hace tres décadas, el Banco Central de Venezuela había confirmado que la liquidez monetaria se había multiplicado por tres, en sólo tres años, gracias al boom petrolero.

Obviamente tal ingesta financiera estaba produciendo estragos, Venezuela —entonces— se abocaba a un consumo desmedido y a una exportación significativa de capitales. El Estado, en tanto, crecía de forma desmedida y Pérez apostaba a construir un liderazgo internacional. El país, según retrataba SIC, vivía una serie de crueles paradojas: la cantidad de dinero que puso a circular el Estado creó una dinámica de consumo expansivo, la producción nacional no podía dar respuesta y a fin de cuentas se dispararon las importaciones para dar respuesta al mercado interno. Por cierto, estas señales están muy presentes en nuestro país, en nuestro aquí y ahora. El resultado lo pagan, antes y ahora, los más pobres: la inflación hace de las suyas en tales dinámicas económicas.

Ante este panorama, la recomendación más sensata era la más desoída: recortar el gasto público. Se trataba de poner freno a una suerte de obesidad presupuestaria que aparecía en la agenda gubernamental.

Entretanto, hace 10 años en la edición 598 de SIC, correspondiente a septiembre-octubre de 1997, se criticaba la manera en que los partidos tradicionales se preparaban de cara a las elecciones presidenciales, las cuales se realizaron 15 meses después, en diciembre de 1998, con

el triunfo claro de Hugo Chávez. El foco de los señalamientos se concentraba en los mecanismos para elegir candidatos: a través de los cogollos. Esto no sólo negaba la democracia interna, sino que abría paso para que se consolidaran candidaturas anómalas, como fue el caso de Luis Alfaro Ucero en AD, quien gracias a controlar el aparato partidista impuso su candidatura y se expulsó a Claudio Fermín, quien entonces tenía chance ganador según las encuestas. COPEI, por aquel mes de 1997, desojaba la margarita, en tanto en el MAS el debate era sobre quién tomaba control del partido, una discusión vaciada de contenido y propuestas. La foto de aquel momento, vista a la distancia, simboliza claramente la crisis partidista, con un fuerte impacto en el sistema político, y con consecuencias conocidas por todos en Venezuela.

Por su parte, en la edición 648 de la revista, del período septiembre-octubre de 2002, Joaquín Villalobos, el ex comandante de la guerrilla salvadoreña y metido entonces en la reflexión académica, analizaba el contexto venezolano post-golpe de Estado. A su juicio, más allá del regreso del presidente Chávez al poder, se habían producido hechos significativos: la institucionalidad que el proyecto chavista relega fue la que permitió restituirle plenamente en el poder, mientras que los militares y el mismo Estados Unidos ya no tuvieron la participación que otrora les daba rol principal en hechos de esta naturaleza. Para Villalobos, la salida a la crisis pasaba por la el diálogo y la moderación de todos los actores políticos del país, pues resultaba claro que ningún sector tenía el suficiente poder para doblegar por completo al otro. Enviaba un mensaje a la izquierda latinoamericana, el proceso bolivariano debería definirse como “un gobierno electo de carácter populista y con un delirio revolucionario, pero no como una revolución”.

* Miembro del Consejo de Redacción